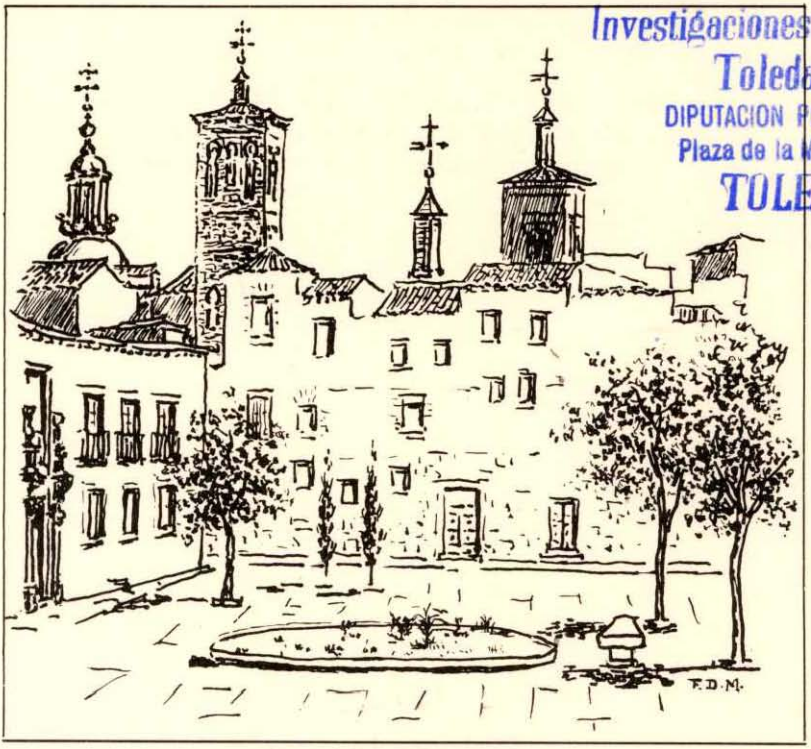
TEMAS TOLEDANOS

PERSONAJES FEMENINOS EN LAS CALLES DE TOLEDO

Instituto Provincial
DE
Investigaciones y Estudi
Toledanos
DIPUTACION PROVINCIAL
Plaza de la Merced, 4
TOLEDO



86

Juan José Fernández Delgado

i.p.i.e.t.

TEMAS TOLEDANOS

director técnico del I.P.I.E.T.

Julio Porres Martín-Cleto

director de la colección

José Carlos Gómez-Menor Fuentes

consejo de redacción

José María Calvo Cirujano, Rafael J. del Cerro Malagón,
Ricardo Izquierdo Benito, Ventura Leblic García,
Fernando Martínez Gil y Julio Porres de Mateo

colaborador artístico

Fernando Dorado Martín

administración

I.P.I.E.T.

Diputación Provincial

Plaza de la Merced, 4. Telf. 25 93 00

TOLEDO

7-7-86

Juan José Fernández Delgado

PERSONAJES FEMENINOS EN LAS CALLES DE TOLEDO

Publicaciones del I.P.I.E.T.

Serie VI. Temas Toledanos

N.° 86

Depósito Legal: TO-213-1997.

ISBN: 84-87103-65-0.

Imprime: Imprenta Provincial.
Plaza de la Merced, 4. Toledo.

INSTITUTO PROVINCIAL DE INVESTIGACIONES
Y ESTUDIOS TOLEDANOS

Juan José Fernández Delgado

PERSONAJES FEMENINOS EN LAS CALLES DE TOLEDO

Toledo
Diputación Provincial
1997

ADVERTENCIA

He aquí –desocupado lector– un ramillete de figuras femeninas desparramado por las calles y plazas de Toledo. Cada una de ellas, ya por su vida, ya por su obra, por su hermosura de cuerpo o de alma, o por ambas a la vez, merecería un espacio mayor del que disponemos en la presente ocasión para todas ellas. Por tanto, a ningún lector que se acerque a este libro le es dado buscar relatos exhaustivos –minuciosos hechos de vida y obra– de los personajes tratados: no hay más espacio físico que el propio de los libros editados en esta colección del I.P.I.E.T. Hemos procurado, pues, en los casos posibles, reseñar la relación de estos personajes con la ciudad de Toledo; en otros, glosar las páginas que la historia dejó escritas y, por último, profundizar en lo que de alguno de estos personajes refiere la tradición, pues también los hay legendarios en el ramillete. Y a quien busque explicaciones de por qué estos personajes y no otros los seleccionados, diremos que el plan de trabajo es mucho más amplio, tan amplio que pretendemos tratar todos los personajes histórico-literarios presentes en las calles de Toledo, ya sea en forma de rótulo, ya en lápidas, inscripciones o estatuas. Ahora, ciñéndonos al material exigido por el I.P.I.E.T., hemos hecho esta primera selección de personajes femeninos alejándonos en lo posible del santoral. Bien sabemos que la actriz toledana Mari Carrillo cuenta con una merecida placa en la fachada que mejor concuerda con su profesión, pero al ser una biografía que aún se está haciendo la hemos excluido del ramillete. Incluimos, no obstante, a Teresa de Jesús, Beatriz de Silva y a Joaquina de Vedruna porque, aunque santas también ellas, ofrecen la particularidad de ser recordadas tanto o más que por sus hechos divinos, por sus menesteres más humanos. Y ya vale.

LA HERMOSA FLORINDA

«Cava» es el apelativo cariñoso con que la vecindad toledana se refiere a la hermosa Florinda, hija que fue del conde don Julián, uno de los más íntimos de don Rodrigo, último rey godo, y traidor, después, del mismo rey. Cuenta la tradición, y fray Luis de León lo detalla en su famoso romance, que el conde hizo una prolongada visita, acompañado de su hija, al más infeliz de los reyes visigodos, morador de soleados palacios alzados sobre el roquedal del Tajo, en Toledo. Durante su estancia, padre e hija habitaron un suntuoso palacio que las aguas del celebrado río arrullaban con mansedumbre, y de existir hoy darían sombra a sus murallones las agujas de San Juan de los Reyes. El Tajo, además, se dignaba en hacer meandros y recovecos que simulaban playas ibicencas idóneas para nudistas. En «soledad amena» abanicada por sauces, resguardada por frondosa vegetación y mimada por el recato y cortesía del aguerrido rondador de Toledo, dio Florinda en bañarse en las cálidas aguas en traje de Eva antes del pecado original. Bien es verdad –y queda registrado– que la vegetación era tan vigorosa como espesa, que la mansión regia, aun junto a la alzada puerta del Cambrón, no estaba tan próxima como los deseos del godo pedían y que tampoco existían los impertinentes catalejos, por lo que muy bien Florinda podía bañarse despreocupada y placentera. Pero no es menos cierto que el rey se había prendado de la condesita y dio un día de julio en mandar a uno de los suyos a vigilar a Florinda, «para ver cómo pasa la tarde en la vera del 'río cabdal'». Y tales fueron los razonamientos que le llevó el mensajero caída la tarde, y fueron tales las descripciones que de Florinda hizo y tantos los adornos colocados sobre su cuerpo, que los deseos del monarca rompieron el traje de la decencia y sus celos se enmadejaron entre ira tan desorbitada como lujuriosa.

–¡Como vaya mañana y sea mentira lo que cuentas, te mato! Y como verdad sea, prepárate por haber visto cosa semejante.

Tal era la hermosura de Florinda y la pasión de Rodrigo.

Y al siguiente día, en plena mañana, don Rodrigo, en traje de lacayo, salió de su alcázar, cruzó las puertas y se parapetó al socaire de los altos árboles, y vio mujer tan hermosa como jamás nunca antes había alcanzado a ver ni podía pensar que existiera. El cabello de oro puro le llegaba poco menos que a la cintura; las piernas, largas y estilizadas rayaban la perfección deseada; los femeniles pechos sobresalían en su forma redonda como limones llenos y bronceados por el sol de la tarde; el torso se ajustaba al ceñidor de la cintura para resaltar lo curvo de las caderas. Sus largas pestañas daban sombra al iris verdoso de sus ojos. Una de sus damas acudió a ayudarle en la tarea de deshacerse de la arena y recorrió el cuerpo de Florinda con aseado cuidado por delante y por detrás, y ella reía caprichosa y complacida, y él, don Rodrigo, estaba a punto de salir de su austero refugio, que más bien parecía madriguera.

Al regresar a palacio, mandó sacar los ojos al emisario de la tarde anterior. «¡Por haber visto lo que has visto!». Luego colmó de plácemes a don Julián y ordenó preparar una sala para Florinda muy próxima a la suya. Pasados dos días, don Julián descubría los amores del monarca con su amada hija, y los consintió durante el mes siguiente, mientras daba en preparar la alevosa traición.

Una tarde de sobremesa el Conde propuso al godo que por qué, al no tener enemigos a la vista, no fundía todas las armas de su reino y dedicaba las gentes a labrar las tierras y levantar edificios y puentes y obradores y otras obras que redundaran en valor para su reino y en prestigio para su reinado.

–No es mala la idea. Sin enemigos, ¿para qué las armas?– argumentó don Rodrigo complaciendo al padre de su amante. Y así lo ordenó al día siguiente, y así se había logrado en escaso tiempo. El pueblo entregó sus armas y ayudó a destruirlas, ajeno a que con la destrucción cavaba su propia fosa y la del Rey que tal aconsejaba.

Pero otra tarde inesperada, don Julián manifestó al godo sus deseos de regresar por breve tiempo a sus posesiones ceutíes.

–Correcto. Muy bien. No se hable más del asunto. Provéase de todo lo necesario para el viaje y parta en buena hora.

–Pero quisiera que Florinda viniera también. Su madre y sus hermanas no me perdonarían presentarme en casa sin la hija.

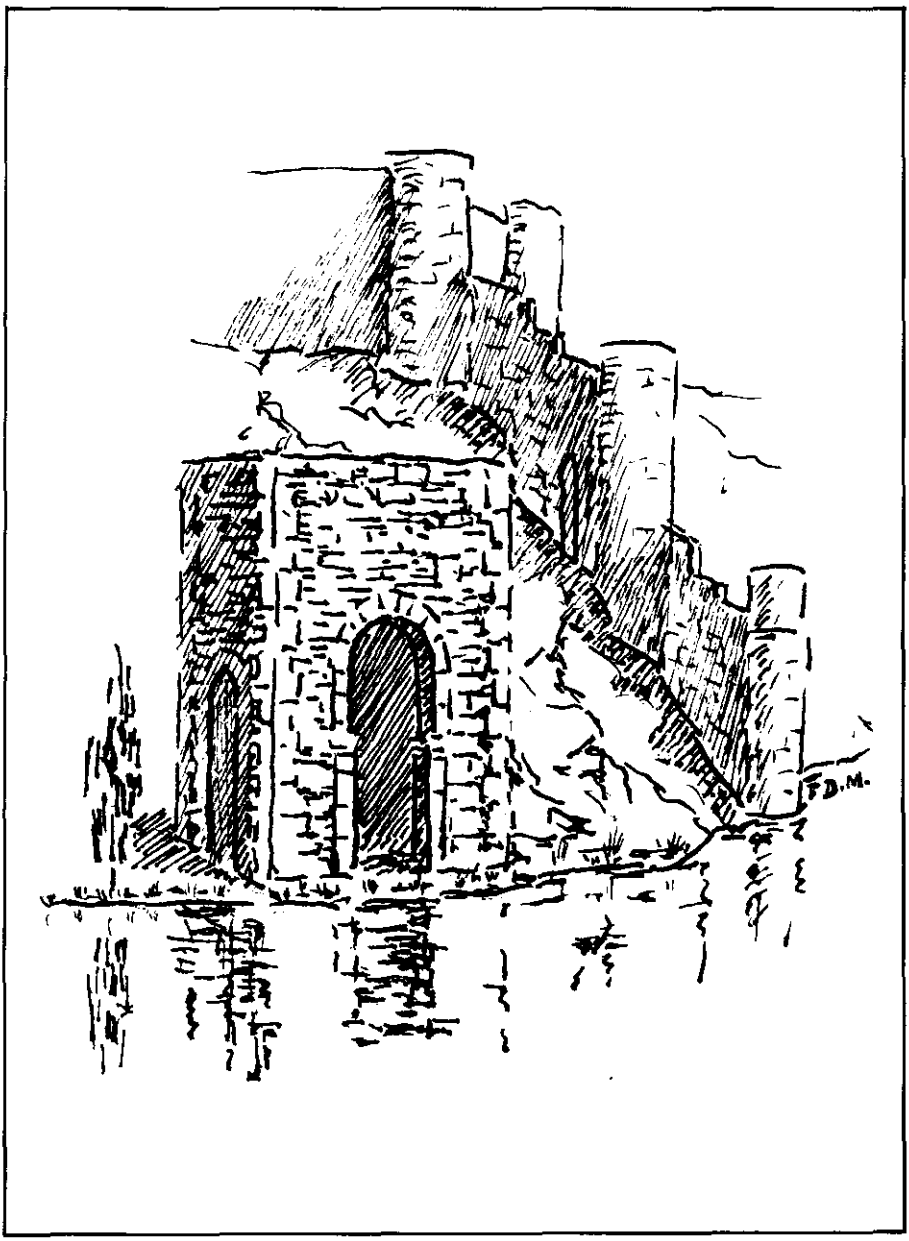
–¡Vaya, por Dios! –replicó don Rodrigo, disimulando muy mal su enojo.

–Pronto estaremos aquí y ya para siempre –y cogía entre sus manos la derecha del monarca.

–Eso espero, porque si no... –acertó a decir la real persona con insólito tartamudeo.

Aquella misma tarde don Julián reunió todo lo necesario para largas jornadas de áspero viaje, y desde aquella noche misma don Rodrigo no volvió a pegar ojo, tal era su desesperación.

La del alba sería cuando el Conde se dispuso a partir y también cuando don Rodrigo dibujó la última sonrisa de su vida. Era ésta una sonrisa teñida de amarillo que los primeros velones de Lucena se encargaron de anotar en lo destemplado de la hora.



Baño de la Cava

–Hija, ¿estás embarazada? –preguntó don Julián con recato, cruzando los parajes serranos de San Pablo de los Montes.

–¿Por qué decís eso, mi padre? –interrogó Florinda haciéndose la ingenua, sin sospechar siquiera que el Conde estaba al corriente de todo lo sucedido durante cerca de dos meses.

–Mira niña, no seas tonta, que a mí no me la das.

–No le entiendo, mi padre –volvió a insistir torpemente la niña no tan niña.

–Atiende, niñata. Sé de tus amores con el godo. Que complacida los celebrabas hasta que el sueño os devolvía al reposo. Que habéis usado de las prerrogativas del matrimonio sin permiso epistolar de San Pablo. Y sé que así se hacen los hijos. Dime, ¿estás o no estás embarazada?

Florinda rompió a llorar con tanta desmesura que causó espanto en el dolido Conde, por lo que interrumpió su interrogatorio hasta tres días después, cruzada ya Sierra Morena. Mas al insistir el padre, la niña volvió al quejido y al llanto lastimero hasta que avistaron Gibraltar desde los límites de Algeciras. Allí, como si la conversación se hubiera desarrollado sin interrupción alguna, concluyó don Julián:

–Es igual. Lo tengo ya decidido. ¡Ese godo me las pagará!

Y en efecto; desembarcado en las costas rifeñas, buscó a Tarik y Muza y les hizo sabedores de que el rey godo, entregado a los placeres, olvidaba su tarea de gobernar y había desarmado al pueblo .

–Ahora es una ocasión de oro para conquistar la Península. Yo os enseñaré los caminos.

Y dicho y hecho. En menos de un año los moros tocaban las puertas de Toledo después de la del Guadalete.

GALIANA, LA PALACIEGA

«la mora más celebrada
de toda la morería.»
Romance.

Grande y abultada es la inspiración literaria que ha ocasionado la hermosa y legendaria Galiana, hija de Galafre, rey moro de Toledo, y cortejada por el alcarreño Bradomante y el mismísimo Carlomagno. Su hermosura y la ostentosidad de sus palacios se encuentran relatados en numerosos romances y obras de teatro de Lope de Vega, Calderón y otros autores del Siglo de Oro. Es indudable que habitó el antiguo y lujoso palacio toledano que al Tajo se miraba desde los altos del puente de Alcántara. Era un palacio rodeado de mágicos jardines y amenos alrededores poblados de deleitosa vegetación. El rey lo había adecuado todo al capricho y a la hermosura de su hija Galiana, de modo que podía decirse que era Galiana en aquellos jardines la más bella rosa del rosal, y entre los lujosos salones la lámpara que más brillaba.

Todos los caballeros moros se deshacían por complacerla. Sin embargo, Galiana menospreciaba la galanura y fineza de todos sus apuestos y aromáticos pretendientes con amabilidad y cortesía. Jamás pronunció un no rotundo ni un sí envuelto en la misma rotundidad. Sus mudas respuestas se envolvían en una sonrisa arropada con una pícara y enigmática mirada y el sonrojo femenino que aún más la embellecía. La fama de su hermosura era tal que traspasó, aguas arriba, los murallones defensivos de la ciudad, cruzó los despoblados campos de la Sagra y caló en los corazones más ardientes y valerosos del reino de Guadalajara y sus tierras, ya de Bradomante, ya de Abel-Ganbón, amigo del Cid Campeador y señor del castillo de Molina de Aragón.

Abel-Ganbón hubo de conformarse con las descripciones, tanto de su belleza y beldad como de su cortesía y grandeza de alma, que hasta él llegaban a través de tardos y distanciados emisarios, y de Galafre, con quien le unía añeja amistad. Más joven y tesonero, Bradomante dio en allanar el camino entre Guadalajara y Toledo, acortándolo al mismo tiempo para transitar por ellos con prontitud y comodidad, y tan enamorado estaba que llamó a la ruta «Vía Galiana». Todo le parecía poco con tal de poder cortejar a la bella mora. Y así se lo hizo saber a Galafre, quien le invitó a sus palacios de Toledo, viendo que su hija por ninguno de los suyos se decidía.

Y Galafre no ofreció su gentileza a ningún sordo y remiso, pues Bradomante, el mismo día en que recibió la invitación –dicen las crónicas– cambió tres veces de caballo en el trayecto y llegó a los afamados palacios a las cinco en punto de la tarde, cuando los jardines más aromáticos estaban y cuando las chirimías más afinadas estaban. Galiana esperaba entre expectante y reservada. La curiosidad, que tanto adorna a las mujeres discretas, en esta ocasión también golpeaba en el pecho de Galiana. No obstante, la más bella de toda la morería se había hecho ya con referencias del nuevo pretendiente: era un apuesto y distinguido gigante, pero gigante.

–¿Hay gigantes apuestos? –preguntó Galiana a sus sirvientas mientras arrojaban perfumes y volutas de incienso en sus habitaciones repletas de chales y terciopelos

–Sí, pero son muy grandes –respondió Narade.

Después del cortés recibimiento, fue conducido por palafreneros a las habitaciones más alejadas de las que ocupaba Galiana y allí se acomodó hasta la hora de cenar, en que el de Guadalajara bajó con sus mejores galas, seguido en cortejo por los suyos. Al verle Galiana, miedo tuvo de él, pero su comedimiento le impidió dar muestras de ello; antes al contrario, lo recibió con forzada sonrisa y resignada complacencia, y permitió que se sentara a su lado mientras se perseguían unos platos a otros.

Al fin, la fiesta, y, a pesar de estar acompañada en todo momento por Bradomante, no dejaba Galiana de saludar a unos y a otros. Ello hubiera sido motivo más que suficiente para darse cuenta de que la morita no estaba por la labor, pero, tozudo más que tesonero, el gigante alcarreño sonreía a unos y a todos sin darse por enterado.

Allí permaneció una semana que, si para el gigantón pasó como ocurre con los instantes, para Galiana fue un poco menos que eterna. Acabada la cual, Bradomante, ya todo dispuesto para emprender el regreso hacia su Guadalajara, miraba hacia las cien ventanas que al patio de salida daban por ver si tras la seda de los cortinones encontraba la imagen de Galiana. Y creyó verla en la figura de una de sus siervas. Con ese contento puso su caballo al galope por la senda recién estrenada.

En dos meses vino tres veces Bradomante a Toledo, lo que dio en molestar a Galiana y motivos de habladurías entre los arrogantes jaques moros, que se debatían

entre la resignación y la furia de los celos. Y fue suficiente ese tiempo para que la hermosura de Galiana saltara los Pirineos y llegara hasta los oídos de Carlomagno, hijo de Pipino, el Breve. Y hasta Toledo llegaron las credenciales galas en las que se leía la disposición de Carlomagno de entrevistarse con Galafre y solicitar la mano de su hija.

Galafre comunicó a su hija los deseos del francés, y ésta quedó entusiasmada al conocer que la fama de su hermosura tan lejos había corrido.

Más curiosidad que reserva mostraba Galiana en esta ocasión.

Pero dos temores le asaltaron una tarde próxima a la llegada de Carlomagno: ¿Y si viene el alcarreño mientras está aquí el galo?

–Gavira, ¿que quiere decir «breve»? ¿Que es enano, por acaso?

–No, mi reinita, que su padre es así conocido. Él es un gallardo galán, según la mensajería, aunque cristiano.

Dicen las crónicas que el primer temor de Galiana se cumplió, porque al día siguiente de llegar Carlomagno a la vera del Tajo, se presentó como Pedro por su casa Bradomante, lo que visto por el francés aumentó tanto su desconcierto como su furia, máxime cuando la tarde anterior Galiana, amablemente, le había referido la pesadez del gigante mientras se dejaba coger la mano.

Se hicieron las cenas también aquella noche, y las fiestas fueron amenizadas hasta las segundas luces del alba entre miradas furtivas y amenazantes del francés y risas enigmáticas del moro Bradomante.

–Esto hay que arreglarlo –dijo Carlomagno a Galafre, que estaba al tanto de todo lo que ocurría.

–Sí, se ha de arreglar.

Y llamó a Bradomante y así se lo explicó:

–Tú rondas a mi hija; el galo ha llegado hasta aquí atraído por la hermosura de Galiana. Yo os aprecio a los dos, por lo que no me decidiré por ninguno. De aquí a dos días será la sentencia en riguroso y cabal combate. El ganador tendrá por premio a mi hija y se desposará con ella. ¿De acuerdo los dos?

–De acuerdo –dijo también Carlomagno en mala lengua árabe.

El feroz combate se celebró según lo acordado. A la cuarta embestida, los lidiadores cayeron al suelo y al poco la arena se tiñó de rojo.

–¿De quién será? –se preguntó temerosa Galiana.

Pero en un instante pudo adivinar que era de Bradomante porque Carlomagno, dando un gran tirón de la daga, se irguió en pie y fue a buscar a Galafre. Después de las reverencias precisas, acudió a los brazos de Galiana. A la semana cumplida, se celebraron las suntuosas bodas en los bellos palacios de Galiana.

ZULEMA LA DEGOLLADA

Es muy posible que las añejas crónicas olvidaran asignar que la mujer que da nombre al toledano «Arroyo de la degollada» es Zulema, y Abdubalí su padre, acaudalado musulmán que vivía muy próximo a la calle del Ángel. Que ella era de las más hermosas de toda la morería de su tiempo no se pondrá en duda, aunque las crónicas tampoco lo refieran. Con celo la guardaba su padre mientras ganaba la lozanía de Zulema y la ocasión para entregarla a un caballero de su clase y religión; tanto era el celo paterno en la custodia de su única hija que ni ocasión tenía el sol para verla el rostro, mas la fama pregona que era en extremo hermosa. Pero en la página siguiente de la historia, Abdubalí vio cómo Toledo era ganada para la cristiandad por las huestes de Alfonso VI, quien permitió que, junto a la religión cristiana, convivieran las sinagogas y las mezquitas.

Ya entendía algo de la verdadera religión Zulema por las sigilosas explicaciones de una esclava que su padre había comprado con la idea de que la instruyera en el Coram. Gavira, la esclava, era tan sólo unos años mayor que Zulema, y ya estaba bastante acristianada cuando fue comprada por Abdubalí. La edad cercana de ambas jóvenes, que traería pensamientos e inquietudes similares, la dulzura de Zulema y los profundos suspiros que la bella morita deja salir liberalmente, dio confianza a la esclava para introducir en sus coloquios la historia de Santa Casilda, lo que selló para siempre el alma de la joven Zulema. Después, surgieron entre ellas comentarios, comparaciones y, por supuesto, las deducciones pertinentes, y la hermosa Zulema aumentaba sus dudas sobre la veracidad de Mahoma. Cada vez más, el nombre y las hazañas de Santa Casilda cobraban presencia en el alma de Zulema.

Lógico es que en aquellos días, por firmes que fueran los acuerdos entre Alfonso VI y la taifa musulmana, las calles de Toledo se vieran patrulladas por jinetes y soldados castellanos. Y ocurrió –o debió ocurrir– que un atardecer en que recorría la ciudad el bizarro capitán Rodrigo de Lara, al lado de doña Sancha, descubrió tras un aji-

mez a una bellísima mora que, a cara descubierta, se complacía con la gallarda estampa del jinete y las cabriolas del caballo. Al ser las calles tan estrechas, Rodrigo pudo distinguir los ojos verdes rayados de la mora y el dibujo de una insinuante sonrisa que delataba en sus abiertos labios deseos de diálogos cómplices. Dos veces más pasó el caballero con su escolta delante del ajimez y surgieron entre ambos escondidas señales de mutua complacencia.

A los tres días, por mediación de la esclava, mantenían una agitada entrevista la garrida mora y el apuesto capitán. Ella le refirió la extrema rigurosidad con que la guardaban su padre y sus parientes, y que algo entendía de la religión cristiana, «y mucho más gustaría entender, hasta poder tomar el bautismo de la fe».

–¿Qué harías para lograrlo?

–Cualquier cosa salvada mi honra.

–¿Qué puedo hacer yo para que confíes en mí? –preguntó Rodrigo.

–Empeñar tu palabra de que me respetarás y de que me darás por nuevo nombre el de Casilda.

–¿Estarías dispuesta a venirte conmigo mañana por la noche?

–Si me juras lo que te pido, sí.

–Te doy mi palabra de caballero de honor y pongo a Cristo por testigo de cumplir lo que me pides. Permíteme decirte que tus deseos son los míos, y una vez bautizada quiero casarme contigo.

–Así sea –dijo Zulema, besando ardientemente a Rodrigo.

Ese día –el único– fue el más feliz en la vida de Rodrigo y de Zulema; no obstante, aventaban con sus secretos deseos las horas para que trajeran lo más pronto posible el celaje de la noche. Rodrigo, sin dormir de contento, había acudido por la mañana a la iglesia de San Lucas para concertar con el párroco una doble ceremonia para la noche: la del bautismo y la de la boda. Zulema, muchas veces había de recoger las alas de su secreto entusiasmo y otras apaciguar su temor en los ojos de la esclava.

–¿Cómo va a ser posible que esté tan próximo el final de mi reclusión? ¿No serán puras fantasías?¿Dónde estará escondido el obstáculo que impida a Rodrigo llevar a cabo sus propósitos? ¿Qué haré con tanta felicidad desde mañana? ¿Me delatará, si no mi lengua, mi corazón ante mi padre en lo que queda de tarde?...

Y llegó la hora acordada en el lugar preciso: la parte trasera del jardín de Abdubalí, cobijada por rameados árboles. Al salir por la puerta Zulema, preguntó su padre:

–¿Qué ruidos son esos? ¿Quién anda por mi casa?

–Soy yo –respondió Gavira.

Mientras, Zulema atravesaba el jardín y montaba en la grupa del caballo de Rodrigo. En veloz galope, llegaron al Barrio del Rey y, por Santa Fe, bajaron hasta el puente de Alcántara.

–¡Alto! ¿Quién va? –preguntaron los centinelas desde el torreón del mismo puente.

–¡Plaza al capitán Rodrigo de Lara! –contestó el caballero, llenando de estupor y de insólito entusiasmo al alcaide y a los centinelas.

La puerta quedó franca y los amantes se perdieron por la negrura de la senda romana que conduce al embarcadero, con la idea de cruzar un arroyo y el río en una tesonera y remansada barquilla y llegar cuanto antes a la iglesia de San Lucas. Zulema se había quitado el velo que le cubría la cara. La luna se ocultaba por momentos y aparecía delatora entre veloces nublados. Al sentirse más seguros y próximos a su felicidad, Rodrigo cogió las manos de Zulema y las besó, y detuvo el caballo para mirarla a los ojos y observar la belleza de su color aceituno resaltado por la luna. De pronto, entre las espesuras de los álamos, dos moros les dieron el alto. El caballo de Rodrigo emprendió un relampagueante galope y, al descubrir a Zulema:

–¡Ah, perro cristiano! ¿Dónde llevas a esa mora cautiva? –gritó uno mientras perseguían a la enigmática pareja.

–Deténte –gritaba el otro, aproximándose al galope de Rodrigo.

De pronto, los caballos cayeron al suelo y la daga del moro, lanzando dentelladas en la oscuridad de la noche, dio herida mortal a Zulema en la cabeza, poco antes de que el arroyo afluente vierta en el Tajo. Rodrigo clavó su espada en lo más escondido del corazón del moro. El otro huía en busca de auxilio. Despavorido, cogió a Zulema y la apretó contra su pecho, que quedó al instante teñido de sangre. El corazón de Zulema latía en lenta agonía y Rodrigo, antes de que acabara de expirar, con agua del mismo arroyo, testigo mudo y quedo de esta leyenda, le dio el nombre de Casilda.

Escaso trecho faltaba para llegar a la barca y menos para dar con las márgenes del Tajo. Allí acudió Rodrigo con Zulema en sus brazos, cruzaron el río y se acercó con ella, aún caliente, a San Lucas, en donde aguardaba el sacerdote. Y en San Lucas dieron a Zulema cristiana sepultura e inscribieron en una losa el nombre de Casilda, nombre que se ha podido leer como testimonio de esta leyenda hasta hace dos días, pero que aparece reseñado en el lugar del legendario suceso, «el Arroyo de la degollada».

JUANA MANUEL, LA REINA

Esta hija del infante don Juan Manuel y de doña Blanca de la Cerda y Lara, y biznieta de Fernando III, el Santo, fue reina de Castilla y León. Nació en 1333 en Salamanca y, a instancias de Leonor de Guzmán, íntima de Alfonso XI y madre de los Trastámara, se casó en 1350 con Enrique para legitimar sus derechos al trono frente a los de su hermanastro Pedro, el príncipe legal. De este matrimonio nacieron Juan, luego rey de Castilla; Leonor, esposa de Carlos III de Navarra, y Juana. Participó en la sublevación de la nobleza e intervino en la Junta de Nobles de Toro, en 1354. Pero ocupada esta plaza por las tropas reales, dos años después, fue hecha prisionera por orden de su medio cuñado, Pedro el Cruel, y liberada más tarde por Pedro Carrillo. Pasó a Aragón; allí se unió con su esposo, que reinaría con el sobrenombre de «el de las mercedes», y ya no se separaría de él hasta la batalla de Nájera (1367), para refugiarse en Zaragoza, mientras Enrique pasa a Francia en busca de ayuda. Al regresar a Castilla, participó denodadamente para consolidar a su esposo en el trono, de manera que después de que Enrique diera muerte a su hermano en Montiel, fue proclamada reina de Castilla, en 1369, y como tal se mantuvo durante diez años. Desde este regio pedestal, renunció al señorío de Talavera, quizá por desprecio a las vanidades mundanas, pero, muy posiblemente, por consideración a su suegra, pues en esta ciudad murió salvajemente degollada.

Murió en Salamanca el 27 de marzo, miércoles, de 1381, «después de haber declarado que Clemente VII era el verdadero papa» y está enterrada en la capilla de los Reyes Nuevos de Toledo, junto a su esposo, por ser éste el fundador de dicha capilla.

«Fue esta reina tan piadosa que vistió siempre el hábito de Santa Clara y por ir todos los días a orar a un convento de Toledo se le llamó a tal monasterio el convento de la reina». Por ello, sobre el arco soleideo de su sepulcro se lee:

«Aqvi yaze la mvi catholica y devota reina Doña Jvana, madre de los pobres e mvger del noble rei Don Enriqve e hija de Don Jvan, hijo del infante Don Manvel, la qvual en vida y mverte no dexo el habito de Santa Clara:e fino a veinte y siete de mayo, año del nacimiento de nuestro Salvador Jesucristo de MCCCLXXXI.

BEATRIZ DE SILVA

Hermosísima dama portuguesa que vino en la corte de Isabel de Portugal, reina que fue de Castilla al convertirse en esposa de don Juan, el Segundo. Para situar a este monarca digamos que reinó desde 1406 hasta 1454 y que el gran Juan de Mena le dedicó el *Laberinto de Fortuna*, conocido también el libro como el de las *trescientas*, por ser doscientas noventa y nueve octavas reales las que lo integran. Digamos también que en la celebración de estos regios esponsales desempeñó un papel fundamental don Álvaro de Luna, una vez que propuso al rey, viudo ya de doña María de Aragón, contraer nuevas nupcias con la princesa de Portugal.

La hermosura de Beatriz, así como su vida, han inspirado a grandes dramaturgos de nuestro Siglo de Oro: Tirso de Molina trató la figura de esta ilustre dama en una obra de teatro, *Doña Beatriz de Silva* (1635), en donde glosa la vida de la bella Beatriz, y no se alejaría sino lo necesariamente poético de la realidad: acompañando a la futura reina hasta Madrigal de las Altas Torres, donde se celebraron las reales bodas, es requerida Beatriz por dos caballeros –don Pedro Girón, castellano, y don Pedro Pereira–, quienes le piden que se decida por uno de ellos. Sin embargo, con donosura, sabe salir airosa de la situación, pues halaga a los dos sin decidirse por ninguno. Ocurre, además, otra peliaguda dificultad antes de llegar al lugar fijado para el encuentro entre don Juan y su futura esposa: le muestran al rey el retrato de Beatriz, inadvertidamente, asegurándole que es el de Isabel, la princesa. En vano intentará ya Girón corregir su error, pues el monarca obnubilado por la hermosura de la que cree que será su esposa, no se presta a escuchar. De aquí surgirán los celos de Isabel, pues el rey se dirige a Beatriz delante de Isabel al creerla la reina futura. Ella le hace ver su error, pero la reina arderá desde entonces en celos y el rey sufrirá sin remedio. Se celebran las bodas y Beatriz tiene que deshacerse de «los Pedros» y del mismo rey que, a través de Inés, intenta llegar a su corazón. Isabel, la reina, está al corriente y encierra a Beatriz en un armario, con intenciones malévolas. Dicen las crónicas en

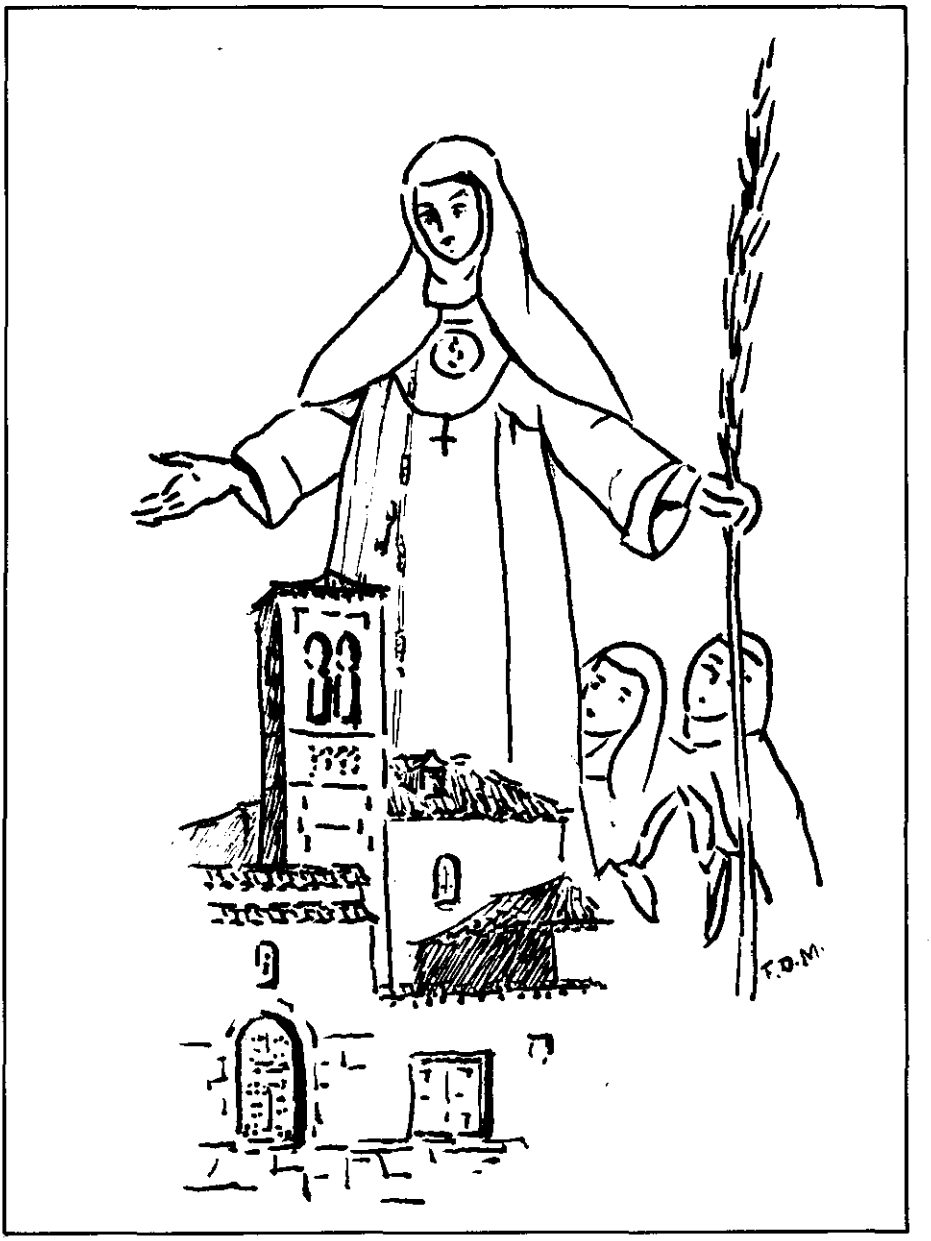
este punto que la ausencia de Beatriz fue echada en falta por su tío Juan Silva de Meneses, y como preguntara a la reina por su sobrina, ésta le contestó: «Venid, y la veréis». Juan, uno de los once hermanos de Beatriz, decide abandonar la vida cortesana y recluirse en un monasterio.

En su encierro recibirá Beatriz la visita-visión de una Niña: María Inmaculada. Ella le salva la vida y le hace cambiar de vida. Disfrazada, saldrá de Tordesillas. La corte se revoluciona y el rey vuelve a concebir esperanzas. En el camino San Antonio, patrón de Portugal, le sale al encuentro y le predice su nueva vocación de fundadora y defensora de María. Se le aparece también su hermano, convertido en fray Amadeo, retirado a San Pedro de Montorio. Beatriz sigue su camino: Toledo le espera y allí acudirán los reyes a visitarla.

Esto, grosso modo, es lo que refiere el fraile mercedario de Beatriz de Silva. A ello, debemos añadir que Beatriz nació en Ceuta en 1424. Sus padres fueron Ruy Gómez de Silva –oriundo del antiguo reino de Galicia, desde donde pasó a Portugal– y doña Isabel de Meneses, hija del conquistador y primer capitán de Ceuta, ciudad que conquistó para el reinado de Juan I de Portugal en 1415. Este matrimonio se celebró en agosto de 1422, y de él nacieron once hijos. Allí permaneció Beatriz hasta 1434, fecha en que el rey galardona los servicios de Ruy Gómez y le nombra alcalde de Campo Mayor, ciudad del Alemtejo portugués. El paisaje de Beatriz ha cambiado: si antes era el amplio horizonte marino, ahora otro no menos amplio de encinares, campos labrantíos y pueblos diseminados. Aquí vivirá hasta que fue llamada por la princesa Isabel para contarla entre sus damas en la corte de Castilla.

Vino a España en plena juventud, en 1447, y pudo muy bien conocer las preferencias y elogios, quizá platónicos, del rey, lo que despertaría el encono de su iracunda consorte. Es muy posible que también viniera integrado en la corte portuguesa su hermano Juan Meneses de Silva; sí es cierto que, también él, desengañado de las vanidades mundanas, se retiró de la Corte y fundó el grupo reformado de franciscanos «amodeístas».

De Madrigal pasó la Corte –itinerante que era– a Tordesillas, y allí era Beatriz «entre las flores, la rosa», y «hermosa sin presunción, discreta sin conocerlo, afable sin vulgarizarse, modesta sin encogimiento, compuesta sin afectación y, sobre todo, virtuosa en espíritu de verdad»; y allí vivió entre intrigas palaciegas y murmuraciones deshonestas. Y «viendo la estimación que todos hacían de la sierva de Dios, la reina hubo celos de ella y del rey su marido», y «por esto la hizo encerrar en un cofre o baúl». Sin embargo, la hermosura de Beatriz, aunque permaneció tres días sin comer, salió «fuerte y fresca». Milagrosamente salvada de la asfixia, se traslada con dos sirvientas al Convento de Santo Domingo el Real de Toledo, donde vivió recluida más de treinta años y donde fue visitada en más de dos ocasiones por la hija de la reina, Isabel, luego «la católica reina». Y siendo Isabel ya reina y esposa de Fernando, católico también, decide Beatriz convertirse en fundadora, y en 1484 establece en los Palacios de Galiana su soñada Orden Concepcionista, palacios donados, a su vez, por la reina Isabel en 1484. Inocencio VIII, con la bula «Inter Universa», fechada el 30 de abril de 1489 y conservada en Toledo, aprueba la nueva Orden y especifica: «La



Santa Beatriz de Silva

abadesa y las monjas deben traer hábito y escapulario blancos y manto color celeste, y en el manto y escapulario traigan fija la imagen de la Virgen María, y se ciñan con un cordón de cáñamo, al modo de los frailes franciscanos». Es este convento el primero de la Orden, que rápidamente se extendió por varias naciones. La estadística actual señala 97 conventos en España y otros en Bélgica, Méjico, Costa Rica, Brasil, Colombia, Perú, Ecuador, Bolivia y Argentina. En total 150 conventos engarzados en la corona de la Inmaculada Concepción.

Murió el 18 de agosto de 1490, a los sesenta y seis años de edad. Dicen las crónicas que murió «antes de tomar las religiosas el nuevo hábito de la Concepción, siendo enterrada, de momento, en el convento de Santa Fe, donde habitaban», aunque sus restos mortales fueron depositados en la Concepción con una inscripción que deja leer: «Aquí yacen los huesos de la Benerable Madre Doña Beatriz de Silva, fundadora de la Orden de Nuestra Señora, la Purísima Concepción. Pasó de esta vida a la eterna, año de 1490».

Como los prodigios se sucedieron después de su muerte y Beatriz gozara de fama de santa, pronto se inició el proceso de su beatificación, que se abrió en 1636. Pero quedó interrumpido hasta 1912, año que lo reanudó el cardenal Aguirre. El proceso duró cuatro años y fue beatificada el 27 de julio de 1926, y cincuenta años después se la canonizó.

ISABEL, LA MUY CATÓLICA

Pocas veces Fortuna se ha mostrado tan generosa con la historia de España en la elección de su reina como cuando tuvo a bien darnos a Isabel, hija de Juan II y de Isabel de Portugal. Es Isabel, sin duda alguna, la reina más reina que España ha tenido. Nació en Madrigal de las Altas Torres el 22 de abril de 1451. Su infancia fue triste, alejada de sus padres, y una juventud poco agradable entre Ávila y Arévalo y el Alcázar de Segovia. Convertida tras la muerte de su hermano Alfonso en candidata a la corona del reino por una facción de la levantisca nobleza, Enrique IV, azuzado por la nobleza, la proclama heredera de la corona (Guisando, septiembre 1468), en menoscabo de los legítimos derechos de su hija, la princesa Juana, «momnada» popularmente la Beltraneja.

Para consolidar la posición de Isabel, sus íntimos consejeros, entre ellos el Arzobispo de Toledo, proyectaron su boda con el príncipe Fernando, heredero de la corona de Aragón y Cataluña. El enlace hubo de formalizarse en sigiloso secreto porque fuertes intereses se oponían al proyecto, entre ellos el de su hermano, que pretendía casarla con Alfonso V de Portugal. A pesar de ello, se celebró la «favorable» boda en Valladolid, el 19 de octubre de 1469, en un salón del palacio de Juan Vivero, lo que significaba para Isabel la consolidación de sus intereses y la posibilidad de pactar con un cónyuge que no se hallaba en situación de regatear. Así, se firmaron las capitulaciones matrimoniales (Cervera, 5 de marzo de 1469) por las que Fernando habría de vivir en Castilla, luchar por la causa castellana y ocupar un discreto papel en el gobierno del país. Un año después (1 de octubre) nacía la primogénita Isabel y el 30 de junio de 1478, Juan, bautizado con todo boato quince días más tarde.

Al casarse sin el consentimiento de Enrique, éste la desheredó y designó de nuevo a su hija como heredera. Pero la astucia de Fernando y la ayuda material de la corona de Aragón ganaron adeptos entre los castellanos y ricos linajes judíos de Castilla y miembros de la alta nobleza, que tomaron por suya la causa isabelina. E Isabel se proclamó reina tras la muerte de Enrique, llegada el 11 de diciembre de 1474. El partido antiaragonés, mientras, conseguía la ayuda de Alfonso V de Portugal y sus tropas cru-

Isabel la Católica

zaron la frontera, y la princesa Juana reclamaba el trono y numerosas ciudades se levantaban en su favor. Ante esta situación, Fernando consiguió el apoyo de poderosas familias castellanas, asumió el mando de las tropas isabelinas y las instruyó en las nuevas técnicas militares, lo que contribuyó al triunfo de su esposa. Isabel, tras la victoria de Toro (marzo, 1476) fue reconocida por las Cortes de Madrigal al mes siguiente y sometió a los nobles de Extremadura y de Andalucía; Fernando derrotaba, a su vez, a los portugueses en Albuera, en febrero de 1479. Diremos que, en agradecimiento a la victoria de Toro, tuvo a bien Isabel levantar la fábrica de San Juan de los Reyes, en honor de su santo predilecto. Este recinto fue elegido entre todos por los monarcas para guardar sus restos eternamente.

Esta reina, además, tuvo una muy estrecha relación con Toledo: aquí pasó el otoño de 1479 y no se marchó hasta acabadas las cortes de 1480; durante este tiempo nació su hija Juana y desde Toledo comunicará que ésta será la sucesora de sus reinos. Luego, el 22 de mayo de 1502, convoca Cortes en Toledo para el juramento de la heredera de los Reyes. Solicitará a los caballeros toledanos sus servicios para combatir en las guerras de Granada, y por ésta y otras muchas muestras de afecto y lealtad concederá a la ciudad terrenos en Zocodover para adecentar la plaza, y licencias para levantar otra delante del Alcázar. Solicita ayuda para que se acuda en favor de Toledo para pavimentar sus calles, da órdenes por las que ha de regirse el Ayuntamiento, se preocupa por abastecimiento del agua, logra del Papa Sixto IV un breve jubileo para la iglesia de San Juan de los Reyes... En fin, se excusará ante el pueblo de Toledo por usar en un decreto la fórmula «Reyes de Granada...» antes que de Toledo.

En mayo de 1480 se convocan Cortes en Toledo para jurar al príncipe don Juan como heredero de la Corona de su madre; en Calatayud los aragoneses le juraron por heredero de don Fernando, y luego en Barcelona y Valencia. El 29 de junio de 1482 nace María y el 15 de diciembre de 1482, Catalina.

Al morir Juan II de Aragón (1479), hereda Fernando sus estados; desde este instante, Isabel se entregó con energía a restablecer la Hacienda pública y, sobre todo, a doblegar la anarquía de los nobles intrigantes. De esta manera, se alcanza la unidad de los reinos de Castilla y de Aragón y, desde entonces, los nombres de ambas personas aparecen sellados juntos siempre. Conviene saber que, además del yugo y las flechas y el férreo anagrama con las iniciales de ambos nombres, el histórico hinojo, planta que acompañó las bodas reales en el palacio de Juan Vivero, fue tomado como símbolo por los poetas aragoneses para significar la unión de ambos reinos, porque en Aragón la susodicha planta se pronunciaba «finojo», con la F de Fernando, y en Castilla «hinojo», con la inicial de Isabel: «Llámala Castilla ynojo / qu,es su letra de Ysabel... llámala Aragón fenojo / qu,es su letra de Fernando», en rima del poeta Pedro Marcuello. Ahora bien, completando esta anécdota de la F, diremos que Isabel y los castellanos viejos pronunciaban «acer», «umo», «ilo», mientras que Nebrija, andaluces y toledanos lo hacían con la hache aspirada; de aquí que, al no coincidir la pronunciación de la reina con la de Toledo, puesto que aquí se localizaba la norma lingüística, exclamara: «Nunca me hallo tan necia sino quando estoy en Toledo».

Respecto a lo de poner siempre juntos los dos nombres, en fin, dicen las crónicas que Isabel observó en cierta ocasión un documento en el que el funcionario había olvidado

este mandato, pues sólo aparecía el nombre de Fernando, y por ello fue reñido por la Reina. Mas ocurrió también que llegó la hora de uno de los partos de Isabel, y el reprendido funcionario, al certificarlo, escribió que los Reyes de Castilla, Sicilia, Aragón, etc., habían dado luz a un hermoso niño, lo que una vez leído por la única persona regia que había intervenido en este preciso suceso se irritó y ordenóle corregir lo escrito. Sin embargo, el secretario se negó porque no deseaba que le amonestaran dos veces.

Alcanzada, pues, la unidad, el primer objetivo de los monarcas fue restablecer la autoridad real, para lo cual crearon la Santa Hermandad (1476), que significaba la alianza entre la corona y los municipios. Redujeron también el poder político de la nobleza y la monarquía pasó a controlar las Ordenes Militares. Asimismo, en política religiosa, impulsando la idea de reconquista, la monarquía se ganó pronto la adhesión de la iglesia y se creó la Inquisición, para perseguir a los judíos y cristianos nuevos que volvían a sus antiguas creencias. Grande fue también el tesón de la reina para reformar del clero, pluralista, relajado e inmoral.

Resurgió el espíritu de cruzada en el pueblo e Isabel fue el principal sostén de la guerra contra los musulmanes del norte de África y los resquicios árabes de Granada. Así, el 2 de enero de 1492 se conquista la ciudad andaluza y en 1497 Melilla.

En la conquista del Nuevo Mundo, el papel de la reina fue también decisivo, pues, ante las recelosas dudas de Fernando, ella dio su apoyo económico y moral a Cristóbal Colón para poder llevar a cabo la ingente empresa.

Es indudable que este reinado fue una época de transición, pero en él se origina un verdadero renacimiento cultural y artístico que marca los cimientos de nuestro siglo de oro; y es indudable también que este impulso cultural se debe, en gran medida, a la católica reina, pues ella misma aprendió latín en edad madura y procuró que también lo estudiaran sus hijos. Promocionó también un movimiento intelectual en el que participaron preclaras mujeres: Beatriz Galindo, María Pacheco, Francisca de Nebrija, Lucía Medrano, Clara Chitera, etc. Y si Juan de Mena, inducido por la oleada de humanismo de la hora presente, pretendía una lengua literaria mediante artificios literarios, Isabel traía a sus labios la expresión de «el buen gusto», pues solía decir que «el que tiene buen gusto llevaba carta de recomendación».

En los últimos días de su vida, amargada por la desgracia de sus hijos (Juan murió en 1497, Isabel un año después y Juana, casada con Felipe el Hermoso, daba muestras de demencia) abandonó progresivamente las tareas de gobierno. Murió en el castillo de la Mota, Medina del Campo, a las doce de la mañana, miércoles, del 26 de noviembre de 1504, no sin haber redactado antes testamento, verdadero ejemplo de sagacidad política, de piedad y humildad y amor a su esposo. El cuerpo fue trasladado hasta la catedral de Granada, donde actualmente reposa junto al de Fernando, pero antes pasó por Toledo y estuvo expuesto durante toda una noche en San Juan de los Reyes; allí, los toledanos le rindieron su último homenaje con desconsolados llantos y muestras de dolor, sabedores de lo mucho que había estimado Isabel a la imperial ciudad: «Toledo es la más noble y principal ciudad de estos regnos que nos mucho estimamos», afirma en una Carta fechada en Segovia el 16 de enero de 1475.

DOÑA MARÍA PACHECO

Quizá haya llegado ya el momento de que los historiadores e investigadores den cuanta detallada y desapasionada de la vida de esta gran dama española de la familia de los Mendoza, porque los cronistas del siglo XVI, realistas unos y clericales los otros, señalados por su adhesión al régimen y a su política imperialista y tocados por conceptos de misoginia, se muestran poco ecuánimes con la verdad de los hechos que, a nuestro parecer, realzan –deben realzar– la figura de esta mujer que fue símbolo del sentir del pueblo toledano y de gran parte de los sufridos pueblos de Castilla.

Hija de don Íñigo López de Mendoza, cuarto duque del Infantado y quinto marqués de Santillana, conde de Tendilla y primer gobernador militar que había tenido Granada, y doña Francisca de Pacheco, hija del marqués de Villena, nació en los últimos años del siglo XV. Sus hermanos fueron el marqués de Mondéjar y Diego Hurtado de Mendoza, el escritor. Fue una de las primeras mujeres en seguir el movimiento intelectual promovido por Isabel la Católica y Beatriz Galindo, preceptora de la reina y a quien se debe la frase que condensa el refinamiento humanista de «el buen gusto», Francisca de Nebrija, Lucía Medrano, Clara Chitera, etc.

De ella dice su secretario: «Fue... muy docta en latín, griego y matemática y muy leída en la Santa Escritura y en todo género de historia, y en extremo en la poesía... Después de venida a Portugal por ocasión de su dolencia, pasó los más principales autores de la medicina, de manera que cualquier letrado en todas estas facultades que venía a platicar con ella había menester venir bien apercibido, porque en todo platicaba muy sutil e ingeniosamente».

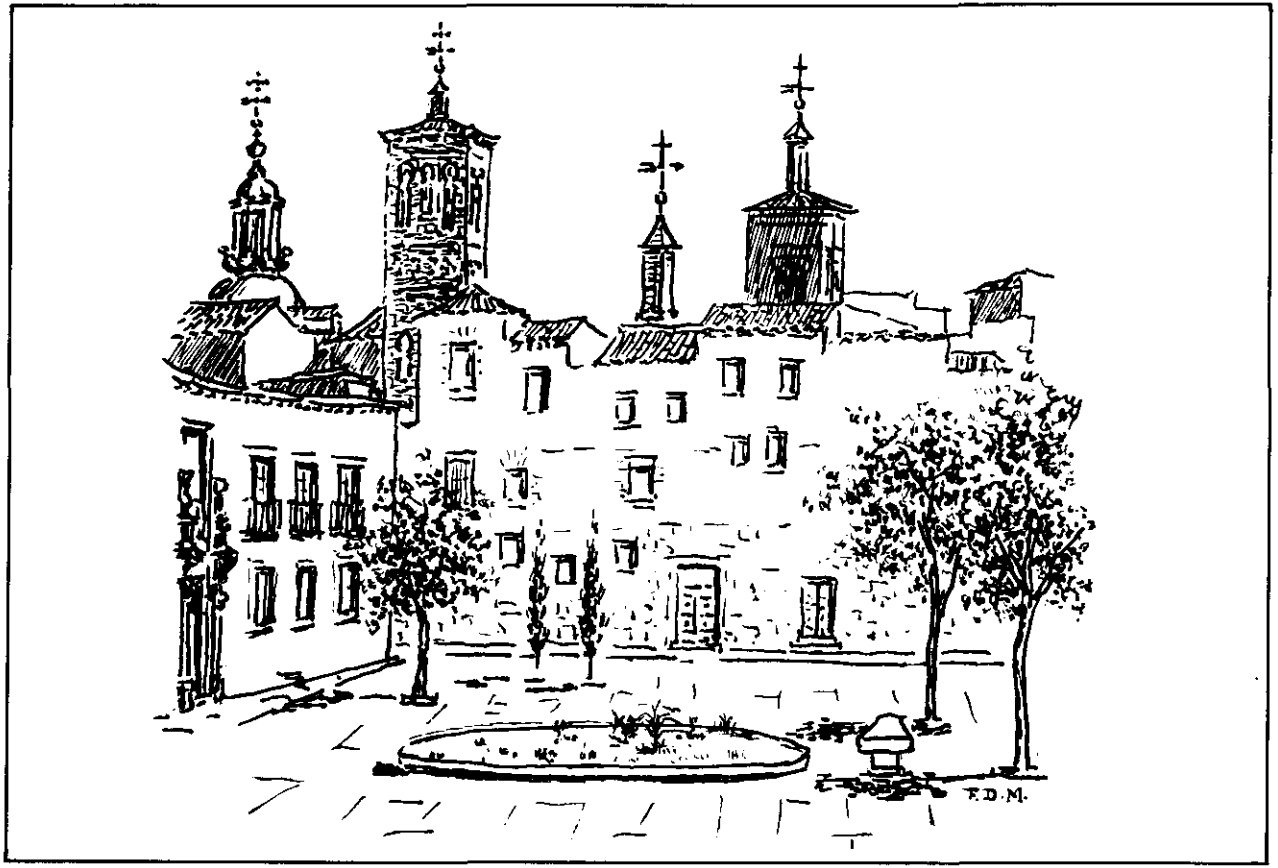
Se casó en 1510 con Juan Padilla, afamado comunero toledano. Referente a su carácter, aunque se destaque su fortaleza de espíritu, bondad y habilidad para ganar los corazones y afectos de todos cuantos la conocían, así como su entrega a la causa

de las Comunidades, algunos, quizá por razones misóginas, la califican de virago, extremadamente ambiciosa o, incluso, «tizón del reino».

Desempeñó un importante papel en la política de su tiempo: intentó promover a su hermano, Francisco de Mendoza, a la sede arzobispal de Toledo; movió sus influencias para conseguir el cargo de gran maestre de Santiago para su esposo, y apoya decididamente la causa de los comuneros, rebelión contra la política absolutista del monarca y contra el excesivo poder que ostentaban los consejeros flamencos de Carlos I. Su participación en este movimiento fue decisiva y alentadora y dicen las crónicas que ella, precisamente ella, fue la instigadora de su esposo. En cualquier caso, durante estas revueltas adquirió enorme influencia en la ciudad, tanto que «en mentando a doña María de Toledo les hierve la sangre como a olla quando la ponen al fuego», dice el Capitán General don Juan Ribera en una Carta a los gobernadores fechada el 29 de mayo de 1522, por lo que se convirtió en nexo de unión entre caballeros disconformes con la real política y los populares, y su casa se convirtió en punto de reunión de todos ellos. Ella designó autoridades municipales e implantó nuevos impuestos y contribuciones para la causa, y sus hombres de confianza recorrían las parroquias para mantener el ardor militar en la población. Doña María Pacheco todo lo dirigía, los contratos de paz y las hazañas de guerra, y no dudó en saquear sacros recintos para la causa «del común». Esta decisión, pues, le valió las repulsas de Vives y de Guevara: «Hase de perder por fuerza / la mujer que se opone en más / que su natural alcanza, que es / dejando la rueca, tomar las armas», dice Guevara.

Tras la muerte de su marido en Villalar de los Comuneros, María de Pacheco defendió con admirable temple la ciudad de Toledo; enlutada y llorosa entró en la Catedral y se apoderó de sus riquezas para poder pagar a las tropas; hizo frente al ejército de Carlos I y a las intrigas de sus propios amigos que insistían en entregar la plaza, y al asedio del prior de San Juan. Obligada a claudicar, firma el 25 de junio un honrísimo acuerdo de rendición, por el que Toledo mantendría el nombre de «muy noble y muy leal», perdón para todos sus moradores y suspensión de daños y perjuicios hasta la llegada del Rey, y «que la ciudad conservaría íntegros todos sus fueros, franquicias y libertades».

Condenada a muerte en rigurosísimos términos el 24 de enero de 1523, huye hasta Porto en 1521, seguida por sus fieles, una vez que su tío, don Enrique de Villena, dueño y morador del castillo de Escalona, le negó el solicitado auxilio. Ante esta negativa, cambió de rumbo y acudió a La Puebla de Montalbán, en donde moraba otro de sus tíos. Allí fue alojada, pero el peligro era inminente y hubo de proseguir camino hacia la frontera. Tardó ocho días en llegar a Portugal. Primero a Castelo Branco y luego a Guarda, Viseu y Porto, «y en estas mudanzas pasaron tres meses». En Braga fue hospedada por el arzobispo don Diego de Sosa y allí estuvo enferma tres o cuatro años, al cabo de los cuales volvió a Porto, a casa del obispo don Pedro de Costa. Quedaron con ella Hernando de Avalos, «el escudero pobre» Diego de Figueroa y su capellán, «y yo que esto escribo», que era «un bachiller que ella quería mucho». Allí «adoleció de dolor de costado» y murió en marzo de 1531,



Plaza de Juan de Padilla, próxima a la calle dedicada a María Pacheco, esposa del caudillo comunero.

y allí había ordenado que la enterraran, en el altar mayor de la catedral, en donde permanece, a pesar de que solicitó también ser trasladada a Villalar, junto a su marido. En su lamentado exilio, sin apoyo exterior, ha de vender hasta lo último de su ajuar para que sus leales no sufran «menguas extremas de las cosas necesarias». Muere diez años después y está enterrada en la Seo de esta ciudad portuguesa, aunque ella había dispuesto que sus restos reposaran en Villalar, junto a los de su marido.

SANTA TERESA

De la vida de Santa Teresa, «gran mujer de tejas abajo, y de tejas arriba muy mayor», «agraciada de rostro, de ingenio sutil, de viva imaginación y exquisita sensibilidad; cariñosa y agradecida en extremo, jovial en su trato, llana y a la vez señoril en su porte y maneras, discreta en los negocios, fuerte y varonil en las adversidades», como la define don Agustín Rodríguez, dejó escrito lo suficiente ella misma para intentar enmendar la plana en estas escasas líneas que la ocasión presente permite. Algunas cosas más diremos en posteriores empresas. Conformémonos, pues, con algunas notas biográficas y con la anotación de su relación con Toledo. Nació en Ávila, el 28 de marzo de 1515, a las cinco de la mañana, y fue bautizada el 4 de abril en la parroquia de San Juan. Su abuelo paterno, Juan Sánchez de Cepeda, era judío converso y hubo de llevar su sambenito por las parroquias toledanas durante varios días. Tenía una tienda de telas y la trasladó a Ávila, ciudad en la que casó a sus hijos con familias hidalgas. Uno de ellos fue Alfonso Sánchez de Cepeda, padre de la santa y conocido como «el toledano», y esposo de Beatriz de Ahumada, natural de Olmedo. Desde sus primeros años leyó libros de santos, de modo que, deseosa de martirio, se escapó de casa con uno de sus hermanos hacia tierra de moros. Pero gustó también de leer libros de caballerías, por lo que dio en escribir uno con su hermano Rodrigo. Antes de cumplir veinte años ingresó como novicia en las Carmelitas de Ávila. Una visión que tuvo de las penas del infierno le llevó a entregarse a la reforma de su Orden. Así comienza la época de su incesante actividad, y con ella la de sus trabajos, sufrimientos y persecuciones de toda índole. Muere el mes de octubre de 1582. Fue beatificada el 24 de abril de 1614 y canonizada por Gregorio XV el 12 de marzo de 1622. El 27 de septiembre de 1970 es proclamada «doctora universal de la Iglesia».

En cuanto a su relación con Toledo, aunque se inicia inesperadamente y se continúa por casualidad, se desarrolla de modo intermitente entre períodos más prolonga-

dos y otros de escasa duración. Pero resultará una relación intensa y afectiva y de enorme interés literario. Aquí fundará conventos, escribirá libros, cartas, y permanecerá recluida durante año y medio. Vino por vez primera en 1562, para consolar a doña Luisa de la Cerda, moradora de la «Casa de Mesa» y señora de Malagón, que había quedado viuda recientemente. Salió de Ávila cuando amanecía el día 2 de enero y llegaba a Toledo, «lugar grande que está a veinte leguas de Ávila», a mediodía del cuatro. Por primera vez utiliza una diligencia, rápida y más confortable, coche que le había mandado doña Luisa. Ahí permaneció hasta fines de junio, fecha en que acaba la relación de su *Vida*.

Vuelve a Toledo en febrero de 1568, llamada otra vez por doña Luisa de la Cerda, ahora para fundar el convento de las Carmelitas Descalzas en Malagón, en posesiones que pertenecían al mayorazgo de Arias Pardo, esposo de doña Luisa. En Malagón estuvo hasta mayo, y regresó a Toledo el día 20 de ese mes. En esta ciudad permaneció ocho días que hubo de guardar cama para reponer la salud quebrada por el viaje. El 24 de marzo regresa de nuevo para fundar el monasterio de las Carmelitas en la ciudad, para lo que sólo necesitaba, según sus palabras, «una campanilla y una casa alquilada»; pero hacía falta también una licencia, que se hizo esperar hasta el 14 de mayo de 1569. A finales de ese mes sale hacia Pastrana para fundar allí otro convento. Ella misma lo anota: «Era el 28 de mayo, sábado, vigilia de Pentecostés; aquella mañana, sentándonos en el refectorio a comer, me dio tan gran consuelo de ver que ya no tenía qué hacer y que aquella Pascua podía gozarme con nuestro Señor algún rato, que casi no podía comer, según se sentía mi alma regalada». Pero poco duró su gozo, porque un criado de la princesa de Eboli la esperaba a la puerta para que fuera con él a fundar un convento de descalzas en Pastrana. Regresa a Toledo el 22 de julio, y aquí permanece hasta la segunda quincena de agosto de 1570, fecha en que se marcha a Ávila.

La verdad es, como dice don Agustín Rodríguez, autor al que seguimos para trazar estas notas, la relación de la santa con Toledo surgió por casualidad, y por lo mismo se reanudó y mantuvo en otras muchas ocasiones. Vino –como reseñamos– por primera vez llamada por una señora toledana a la que no conocía; después, la misma señora le llamó para fundar el convento de Malagón; en 1568 hubo de regresar llamada por el P. Pablo Hernández y por albaceas de Martín Ramírez para fundar el convento de San José de Toledo, y aun en contra de su voluntad, pues sus planes fundacionales eran otros, vivió en Toledo más de un año, en 1576 y 1577, una vez que recibió una orden del General de los Carmelitas a retirarse a uno de los conventos fundados por ella. Y vino al de Toledo, y fue el 23 de junio. Por último, una grave enfermedad la obligó, en 1580, a prolongar su estancia toledana. En fin, aquí en Toledo acaba el libro de *Las Fundaciones*, «a catorce días del mes de Noviembre de MDLXXVI, en el monesterio de San Josef de Toledo» y empieza el de *Las Moradas* o *Castillo interior*, el «día de la Santísima Trinidad, Año de MDLXXVII, en este monesterio de San Josef del Carmen de Toledo». Además, escribió gran parte de su *Vida*, un número abultado de *Cartas*, gran parte de las *Fundaciones*, su *Modo de visi-*

Santa Teresa de Jesús

tar los Conventos, las *Exclamaciones del alma a Dios*, una de sus *Relaciones* y un «Vejamen».

¡Y en Toledo también fue golpeada!... Fue en mayo de 1569. Se encontraba en la iglesia de San Clemente en acción de gracias cuando una mujer... Dejemos que una testigo nos lo cuente: «Apenas había acabado (de comulgar) cuando una mujer ordinaria, que andaba a buscar un chapín que se le había perdido, imaginó que la dicha Santa se lo había tomado, por verla con no tan buen manto como las demás; y con esta imaginación, alborotando la mujer, dio a la Santa con su chapín algunos chapinazos». Después, «vínose la Madre a sus compañeras, poniendo la mano en la cabeza, y decíalas riéndose: Dios la perdone, que harto mala me la tenía yo», episodio que podemos leer en el libro de Moreno Nieto, *Toledo. Sucesos, anécdotas y curiosidades*.

LA BEATA MARÍA DE JESÚS, EL «LETRADILLO»

Nació la beata María de Jesús, María López de Rivas para el mundo, en Tartanedo, pueblo de Guadalajara perteneciente a las tierras de Molina de Aragón, el 18 de agosto de 1560. Era hija única de una esclarecida familia, la formada por Antonio López de Rivas y Elvira Martínez Rubio. A los cuatro años se traslada con su madre, ya viuda, a Molina para ser educada en la casa de sus abuelos paternos. Allí vive hasta 1577, fecha en que viene a Toledo (12 de agosto) para tomar el hábito de carmelita descalza en la quinta fundación de Santa Teresa, nacida nueve años antes. Se celebra con regocijo la famosa presentación con que Santa Teresa la recomienda, aun sin conocerla: «Que les enviaba una novicia con cinco mil ducados de dote, y que ella daría cincuenta mil por recibirla; que la mirasen no como las demás, porque había de ser un prodigio». Profesó el 8 de septiembre del año siguiente. Se entregó de manera intensa a la oración y se le desarrollaron los ardientes deseos de padecer por Cristo. Y Cristo correspondió con la gracia de la estigmatización mística de manos, pies y costado, y con el dolor de espinas también.

Durante los sesenta y tres años de vida retirada desempeñó los más diversos «encargos»: sacristana, enfermera, tornera, maestra de novicias a los veinticuatro años de edad, superiora, consejera de la Comunidad y priora. Estuvo cinco meses en Cuerva, donde colaboró en la fundación del convento carmelitano en 1585. Murió en Toledo el 13 de septiembre de 1640, no sin antes haber pedido a la Madre priora «licencia para morir». Su cuerpo reposa en la capilla del convento de las Carmelitas, y allí puede verse incorrupto. Fue discípula e hija predilecta de la santa abulense, que le adjudicó el cariñoso sobrenombre de «Letradillo», algo así como secretaria de la Reformadora.

No existe descripción física alguna de la Beata; sí un retrato hecho por un pintor toledano el mismo día de su muerte, pintor que durante la noche en que moría María de Jesús tuvo un sueño en el que se le solicitaba para pintar a una santa que acababa

Beata María de Jesús

de morir. El retrato se encuentra en el convento carmelitano de Malagón y reproduce a la Beata de medio cuerpo y yacente en su lecho, pero con los ojos abiertos. Y a este respecto refiere «una de sus hijas al vestirla el hábito (después de muerta), la dijo con suma ternura: ¡Madre mía! Al punto... abrió sus hermosísimos ojos con la misma facilidad que cuando vivía, no siendo posible volvérselos a cerrar, porque con indecible agrado los volvía otra vez a abrir sin rastro de tenerlos quebrados».

Fue beatificada por Pablo VI el 14 de noviembre de 1976.

CATALINA DE SALAZAR, LA RESIGNADA ESPOSA

Esta es una más de las mujeres que parecen haber venido al mundo para permanecer a la sombra de sus maridos. Desde la fría mañana sagreña del 12 de diciembre de 1584 en que se casa en Esquivias con Cervantes, esta mujer, buena y resignada, se echó sobre ella la losa del anonimato, anonimato en el que ya se cernía como dama hidalga de una aldea que para nada sobresalía, sino en la bondad de sus gentes y por «sus ilustrísimos vinos».

Poco o casi nada se sabe de esta buena y noble mujer hasta el verano de ese año, y escasas son las noticias desde ese venturoso día. Que nació en Esquivias nadie lo duda; sin embargo, se desconoce el día de su nacimiento, que hubo de ocurrir a últimos de octubre de 1565, pues el 1 de noviembre fue bautizada en la iglesia en la que luego se casaría. Sus padres fueron Fernando Salazar Vozmediano y Catalina de Palacios Salazar. Tuvo dos hermanos, Francisco y Fernando, los dos más pequeños que ella; otros dos más murieron en edad infantil. Esto y poco más es lo rigurosamente cierto y conocido. Y, por falta de luz documental y por casarse tan rápidamente con un hombre que le doblaba en años, con la mano izquierda inutilizada, derrotado en sus aspiraciones militares, sin terminar de levantar cabeza en el mundo de las letras y tesonero, sin embargo, en su ventolera literaria, y llegado a Esquivias por circunstanciales razones, se ha especulado en demasía sobre el carácter y el oportunismo de esta mujer.

Lo cierto es que a Esquivias llegó Cervantes en junio de 1584 llamado por la viuda de Láinez –viudedad que sólo pudo soportar los tres primeros meses de 1584, pues cuando llegó Cervantes ya se había casado de nuevo– para encargarse de la tramitación del Cancionero de su marido. En esta visita traba amistad con una mocita, vecina de la ex viuda, y seis meses después se casan en la iglesia parroquial de la risueña Esquivias, ante el murmurar de la gente y la negativa de la madre de Catalina. Pero el párroco es tío de Catalina y con tres o cuatro testigos los une en santo matri-

monio el 12 de diciembre de ese mismo año. Tenía Cervantes treinta y ocho años de edad y diecinueve Catalina. La madre, ante los hechos consumados y viuda desde hacía poco tiempo, transige y otorga poderes a su yerno como administrador de las casas que posee en Toledo y de los majuelos de Esquivias; a Catalina le cede, en carta dotal, el huerto de los Perales. Frente al huerto se alzaba una casona, propiedad de doña María Cárdenas, tía de Catalina, en la que vivirá el matrimonio. Y ahí vivieron unos tres años, hasta el día en que pasó por Esquivias el cortejo que portaba los restos de Santa Eulalia hasta Toledo, porque Cervantes se unió al séquito hasta la ciudad. Y en Toledo le proponen trasladarse a Sevilla con el encargo de recaudador. La prisa apura y no puede regresar a Esquivias a despedirse de su joven esposa, que se ha quedado cuidando de los hermanos y su anciana madre. No obstante, en Toledo extiende un poder en favor de su esposa por el que le autorizaba a hacer con su patrimonio lo que creyera conveniente, documento que le entrega Gaspar Guzmán, primo de Catalina. Este documento habría de evitar cualquier sospecha de malas avenencias en el matrimonio y, al mismo tiempo, servir de alegato en favor de la abnegación de Catalina y a su constante amor a su marido.

El 1 de mayo de 1588 murió la madre de Catalina. Y hela ahí, sin el marido al lado y cuidando de sus hermanos, recatada y cumpliendo con sus deberes religiosos y de vecindad: hay constancia de que fue madrina de seis niños y de que en 1590 ingresó en la Cofradía del Santísimo Sacramento, registrada como «esposa de Miguel de Cervantes». Sufragó los estudios de su hermano Francisco cuando se marchó a estudiar a Toledo y cuidó del pequeño, que sólo tenía trece años de edad.

Ahora se extiende una gran laguna, soslayada sólo por algunas claridades que la localizan en Valladolid, viviendo con Cervantes y su poco edificante familia: sus hermanas con hijos de padre desconocido y la hija de su marido, Isabel de Saavedra, a la que no tuvo reparo en declarar hija legítima y de la que sería su madrina de bodas el 1 de marzo de 1609. Después, regresa el matrimonio a Esquivias en busca del sosiego exigido por la actividad literaria del marido. En Esquivias se encontrarían a la familia morisca de Ricote disponiéndose para abandonar la aldea, y Catalina redacta su testamento, en el que se lee que desea ser enterrada en la parroquia de su pueblo. Y desde Esquivias a Madrid, donde muere Cervantes el 23 de abril de 1616 y es enterrado en la iglesia de los trinitarios.

Ya había recibido el hábito de la Orden de San Francisco, de carácter seglar, y vivió los diez años últimos de su vida a expensas de su hermano, que profesaba como religioso en San Juan de los Reyes. Y esta mujer que ya había escrito su testamento, vuelve a testar para corregir el lugar de su descanso eterno, el convento de las Trinitarias de Madrid, junto a su esposo, y allí reposa desde el día después de su muerte, el 31 de octubre de 1626.

MADRE JERÓNIMA DE LA FUENTE

Se refiere a una monja franciscana, tan piadosa como viajera, que desde este cenobio toledano de Santa Isabel se marchó a evangelizar el Extremo Oriente. De esta monja existe una impresionante talla, realizada por Velázquez en 1620, que se conserva en el Museo del Prado y otra, copia, de Luis Tristán. En la parte inferior del cuadro de Velázquez se lee una larga inscripción que vale por toda una biografía. Dice así: «Este es verdadero retrato de la Madre Doña Jerónima de la Fuente, Relixiosa del Convento de Santa Isabel de los Reyes de T. Fundadora y primera Abbadesa del Convento de Santa Clara de la Concepción de la primera regla de la Ciudad de Manila, en Filipinas. Salió a esta fundación de edad de sesenta y seis años, martes veinte y ocho de Abril de 1620 años. Salieron de este convento en su compañía la madre Ana de Christo y la madre Leonor de Sanct Francisco Relixiosas y la hermana Juana de Sanct Antonio novicia. Todas personas de mucha importancia para tan alta obra».

La Madre Jerónima había nacido en Toledo el 9 de agosto de 1555 y fue bautizada en la parroquia de San Bartolomé. Su partida de bautismo se conserva en la parroquia de Santo Tomé. Era hija de don Pedro García Yáñez y de doña Catalina de la Fuente, ambos pertenecientes a nobles familias toledanas. Ingresó como monja en el convento de Santa Isabel, donde recibió varias visitas de Felipe III y la reina Margarita. Después de posar para Velázquez, se embarcó en Cádiz, pasó a San Juan de Ulúa y de allí, a Méjico, llegando a Manila en agosto de 1621, ciudad en la que murió el 22 de octubre de 1630. Fue la primera misionera en Oceanía. El Ayuntamiento de Manila solicitó al de Toledo pedir juntos la beatificación de la madre Jerónima por los muchos milagros que hizo la religiosa en aquellas tierras. «Por su espíritu activo y sus dotes literarias, vino a ser una hermana menor de Santa Teresa de Jesús».

Así se llama la travesía de Santa Isabel, y una placa en la pared de San Antolín rememora la figura de esta religiosa.

Madre Jerónima de la Fuente

LA MADRE VEDRUNA

Fundadora del Instituto de Religiosas Carmelitas de la Caridad. Nació en Barcelona el 16 de abril de 1783, en el seno de la opulenta familia formada por Lorenzo Vedruna y Teresa Vidal. En esta ciudad vivirá hasta 1808. El mismo día de su nacimiento fue bautizada en la parroquia del Pino con los nombres de Joaquina, Francisca de Paula y Antonia y, junto a esa misma pila bautismal, hoy se lee: «Aquí fue bautizada Santa Joaquina de Vedruna»; en la capilla contigua se yergue su imagen.

Desde muy niña daba muestras de ejemplo y virtud, y ella misma buscaba la solución para los pequeños problemas que le surgían. Cuando manchaba su vestido, ella lo lavaba y buscaba la caricia del sol para que se lo secara. A los doce años de edad se presentó ante las puertas del convento del Carmen, en Barcelona, para profesar de monja. No obstante, la superiora le aconsejó esperar. Y mientras «esperaba», cuando contaba la edad de quince años, fue pedida en matrimonio por el jurisconsulto Teodoro de Mas, amigo y colega del padre de Joaquina. Joaquina aceptó este acontecimiento como mandato del Señor, y el 24 de marzo de 1799 contrajo matrimonio en la misma parroquia en que fue bautizada. De este matrimonio nacieron diez hijos, dos de los cuales murieron niños. En 1815 muere su esposo, que se distinguió por su valor luchando contra los franceses.

En 1819 regresa con sus hijos a la casa solariega de Vic para entregarse a una vida de austeridades y soledad. Allí, recluida, intensifica su vida religiosa entre ayunos y sacrificios, y sólo abandona la casa para ir a cuidar enfermos, vestida de penitente, lo que le valía las burlas y los insultos del vecindario. Ante el ejemplo de Joaquina, su hija mayor decide ingresar en el convento de las Clarisas de Pedralbes y ella continúa entregada a la educación cristiana de sus hijos y a auxiliar a los enfermos. Aquí, en Vic, encuentra todo lo que necesita: paz, tranquilidad, vida entregada y retiro espiritual; de modo que es un anticipo de su vida entregada al amor de Dios, como si

hubiera profesado ya en la vida religiosa. En 1825 viste el hábito, y al año siguiente, en Vic, conoce al P. capuchino Esteban Sala, llamado en Olot «apóstol del Ampurdán», quien será su director espiritual. Con su ayuda iniciará la tarea de las fundaciones, la primera el Instituto antes citado, del que en un principio formaron parte nueve hermanas. Poco después se abrieron cuatro Casas más, entre ellas la de Barcelona, pero la guerra civil, llamada de los Siete Años, vino a entorpecer esta piadosa labor; incluso ella misma fue encarcelada, aunque por poco tiempo. Pero el hostigamiento les hacía en Vic la vida imposible, por lo que, junto con sus hijos y alguna de sus religiosas, emprendió el camino hacia el exilio en Francia a pie. Al fin llegó a Perpiñán.

En 1843 pudo regresar y dio un nuevo impulso a la tarea fundacional interrumpida, que a su muerte dejó en floreciente estado. En total, treinta y uno cuando murió, el 28 de agosto de 1854, víctima del cólera. Hoy son cerca de doscientos los Colegios y Casas de Beneficencia esparcidas por España e Hispanoamérica. En 1920 se llevó a Roma la causa de su beatificación y en mayo de 1940 se obtuvo la respuesta positiva, lo que sólo fue un paso para su canonización, alcanzada el 12 de abril de 1959.

EUGENIA DE MONTIJO, LA EMPERATRIZ

Así llamada en Toledo porque fue Emperatriz de Francia desde 1853 hasta 1870. Si es cierto que Fortuna suele ser en su rueda parcial y caprichosa, Eugenia de Montijo habrá de ser un ejemplo de ello, tanto en lo que se refiere a hermosura asignada y a la delicadeza con que adornaba sus sentimientos como al hecho de haber nacido en el seno de una ilustre familia, emparentada por parte de padre –Cipriano Portocarrero, conde de Montijo y de Teba y también de Mora–, con Gonzalo de Córdoba y el mismísimo Guzmán el Bueno y por parte de madre, María Manuela Kirtpatrick, con una ilustrísima familia irlandesa. Pero en lo que Fortuna se mostró más generosa con la Emperatriz fue en hacerla heredera de la belleza mora de la legendaria Galiana y de sus propios palacios toledanos que reflejaban su estampa enjaezada en las aguas del Tajo. A repararlos se disponía Eugenia cuando fue sorprendida por la que nunca ha de faltar a la cita.

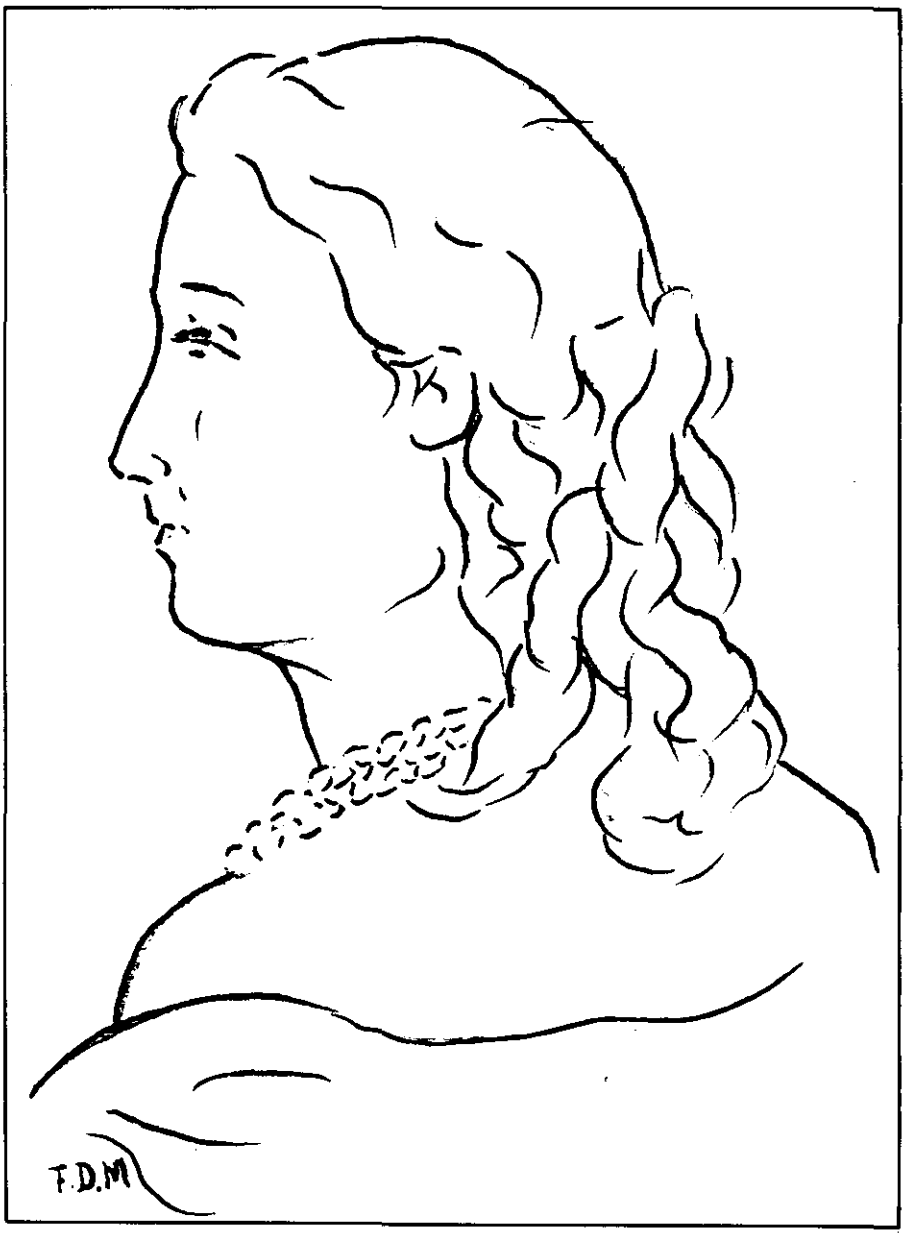
Nació en Granada el 5 de mayo de 1826. Pronto añadió Eugenia a su hermosura y honrosos sentimientos una exquisita educación, lo que hacía presagiar en ella un envidiable porvenir, y así se lo vaticinó una agorera gitanita de Sacromonte cuando tenía trece añitos, y diez más cuando el abate Brudinet vislumbraba una corona imperial sobre su hermosa cabellera. En 1839 murió su padre, y con su madre y su hermana residió ya en Granada, ya en Madrid, ya en París, hasta que en 1844 su madre fijó su acomodo en la capital francesa. Allí se aficionó a las cacerías y en una de ellas –o en los aristocráticos salones de la condesa Matilde–, cuatro años más tarde, conoció al príncipe-presidente Napoleón III. El francés quedó prendado de la beldad de la granadina y ya no ceso de cortejarla. Pero la bella españolita, como era conocida en todo París y sus alrededores, no le permitía concebir excesivas esperanzas. No obstante, estos envites y requiebros se convirtieron en los amoríos más célebres de toda Europa.

Ya emperador Napoleón –se dice–, viéndola un día asomada a un balcón parisino que al Sena daba y lindante a la capilla del palacio, le preguntó cómo acceder bíblicamente hasta ella. «Por la capilla, señor». Si hasta entonces todos le habían perdonado su gentileza y hermosura, los insidiosos ahora iniciaron una guerra de intrigas contra ella al no perdonarla su próximo encumbramiento. Pero el enlace matrimonial se verificó el 30 de enero de 1853. Desde ese día, él ganó una bella e inteligente esposa, pero perdió gran parte de su poder de decisión. Tal fue la influencia de Eugenia sobre el francés. Para esa ocasión el municipio de París había votado un crédito de 600.000 francos para ofrecérselos a la Emperatriz, pero ésta manifestó que sólo los aceptaría si eran destinados a fines benéficos, lo que dejó atónito al vecindario de París. Por aquellas fechas, y durante tres años, la corte francesa conoció el mayor esplendor de su historia: las más ilustres damas rodeaban a la Emperatriz y las fiestas más suntuosas se sucedían semanalmente, a las que acudían no sólo personajes aristocráticos, también artistas, pintores y literatos. En todas y entre todos sobresalía Eugenia, y fuera de los ricos salones también, pues era muy diestra en las artes de cetrería y en numerosos ejercicios físicos. Muchos de aquellos distinguidos galanes solicitaron a Eugenia los favores de su amor, pero ni la misma maledicencia afirmará que la granadina concediera sus apetecidos frutos fuera del tálamo conyugal.

Desde el mismo día de su boda –ya lo dijimos– dio muestras Eugenia de su filantropía, y la corroboró con la fundación de un orfanato conocido como Eugenia-Napoleón, un asilo en Vincennes y una Sociedad –Príncipe Imperial– con el fin de hacer préstamos ventajosos a pequeños industriales que les permitiese adquirir herramientas mecánicas y primeras materias. En sus preocupaciones sociales sobresalió su protección a la infancia, y mediante un Decreto todos los establecimientos de esta índole se cobijaron bajo el patronato de la Emperatriz. Logró, asimismo, que las cárceles de niños se transformaran en penitenciarías agrícolas. Visitaba, además, a los pobres y enfermos, a los presos e, incluso, a los mancillados por enfermedades contagiosas. Su afán caritativo culminó al conseguir un indulto para 3.000 presos políticos. Sin embargo, su caridad culminará al interesarse por la familia del culpable Orsini, el ejecutor del atentado contra su esposo.

El 16 de marzo de 1856 dio a luz al príncipe Luis Napoleón Juan José, que recibió el título de infante de Francia nada más nacer y tuvo por padrino de bautismo a Pío IX. Este mismo año se le adjudicó la regencia en caso de que falleciese su marido, regencia que desempeñó cuantas veces lo exigieron las ausencias del Emperador. Y en estas ocasiones –1859, 1865 y 1870– se familiarizó con las tareas de gobernar, y en su ejercicio dio muestras de audacia y talento, y lo mismo en Amiens entre los coléricos, que en la Opera, entre las bombas de Orsini, mostró su temple y sangre fría. Por su influencia permanecieron las tropas francesas en Roma durante veinte años, y se mantuvo el sostenimiento de la Sociedad de San Vicente Paúl, la expedición a China y la triste aventura de Mentana. Apoyó, asimismo, la intervención francesa en Méjico y se mostró favorable a Austria en la guerra franco-prusiana.

A pesar de que militarmente no ocurrían los hechos como deseaba la Emperatriz, gracias a su belleza y su talento y a las simpatías que su bondad le habían granjeado,



Eugenia de Montijo

mantenía una saneada popularidad entre los franceses, que aumentó al inaugurarse el Canal de Suez muy a principios del mes de octubre de 1869, de cuyo proyecto ella había sido una decidida protectora, tanto que el mismo Lessep pudo decir sin mentira que Eugenia había sido para él lo que Isabel la Católica para Cristóbal Colón. En Ajaccio estuvo representando a Francia. Fue aquel un viaje triunfal y, al mismo tiempo, la última alegría de la bella española: poco después perdería cetro, esposo e hijo.

Creyó que una victoria frente a Prusia consolidaría el régimen imperial, pero la derrota de Sedán (2 de septiembre de 1870) motivó la proclamación de la III República en París. Se afirma que antes de la capitulación de Sedán y después de las derrotas de Forbach y de Freischwiller, instada para que escribiese al Emperador, contestó: «¿Qué queréis que le diga? Ha perdido a su hijo y a la dinastía. Ya no le queda sino hacerse matar al frente de un regimiento». Después de lo de Sedán, Eugenia hubo de exiliarse a Bélgica y luego a Chislehurst (Inglaterra), en donde se le unieron el Emperador y el hijo que creía muerto.

Poco después murió el Emperador, y el 1 de enero de 1879 Eugenio Luis.

Al final, cambió el exilio por la Granja, en donde murió en 1920.

BIBLIOGRAFÍA (IMPRESCINDIBLE):

ALBA, Ramón: *Acerca de algunas particularidades de las Comunidades de Castilla...* Madrid. Editorial Nacional. Col. Biblioteca de visionarios, Heterodoxos y Marginados, 1975.

AZCONA, Francisco: *Isabel La Católica.* 2 vols. Madrid. Editorial Castalia. Ed. «Biblioteca de la Historia de España», 1986.

CASTRO, Américo: *Teresa la santa.* Madrid-Barcelona. Edit. Alfaguara, 1972.

GARCÍA, Jaime: «Doña Catalina de Palacios», en la Revista *Galatea.* Esquivias, octubre, noviembre y diciembre de 1992.

GONZÁLEZ DORIA, Fernando: *Las reinas de España.* Madrid. Ed. Bitácora, 1989.

GUTIÉRREZ, E.: *Beata Beatriz de Silva y Origen de la Purísima Concepción.* Valladolid, 1967.

MARTÍNEZ GIL, Fernando: *La ciudad inquieta. Toledo comunera, 1520-1522.* Toledo. Diputación Provincial, I.P.I.E.T., 1993.

–*Toledo en las Comunidades de Castilla.* Toledo. Diputación Provincial, I.P.I.E.T., 1981.

MENÉNDEZ PIDAL, Ramón: «Galiene la belle» y «Los Palacios de Galiana en Toledo», en *Poesía árabe y poesía europea*, Madrid. Espasa-Calpe, Col. Austral, 1973, págs. 79-106.

OLAVARRÍA, Eugenio de: *Tradiciones de Toledo*. Toledo. Editorial Zocodover, 1980.

PALENCIA, Clemente: *Efemérides toledanas*. 3 vols. Toledo. Diputación Provincial, 1991.

POBLADURA, M. de y A.M. ALONSO FERNÁNDEZ: *Santa Joaquina de Vedruna*. Epistolario. Vic, 1969.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Agustín: *Santa Teresa de Jesús en Toledo*. Toledo. Real Academia de Bellas Artes y Ciencias Históricas, 1981.

SAGRADA FAMILIA, P. Simeón de la: *La beata María de Jesús López de Rivas*. Roma. Postulación General O.C.D., 1976.

TORMO, Elías: «Palacios de Galiana en Toledo, o el sino de la Emperatriz Eugenia», en *La Época*, 9-23 de julio, 1932.

VIRGEN DEL CARMEN, P. Evaristo de la: *El letradillo de Santa Teresa*. Toledo, 1926.

JUAN JOSÉ FERNÁNDEZ DELGADO

Nació en Aldeanueva de San Bartolomé (Aldeanovita), Toledo. Doctor en Filología Románica y profesor de Lengua y Literatura en el Instituto «Carlos III» de Toledo. Ha desempeñado su labor docente en varios Institutos de Madrid y en Centros Asociados de la U.N.E.D. Los últimos seis cursos ha dado clases en el Instituto Español de Lisboa y en la Universidad «Nova». Durante doce veranos ha impartido clases de Español para Extranjeros en la U.I.M.P., de Santander. Su tesis doctoral versó sobre el escritor navarro-toledano Félix Urabayen. Fue seleccionada para su publicación por la Caja Castilla-La Mancha y apareció como *Félix Urabayen: la narrativa de un escritor navarro-toledano*. Después ha publicado otros libros: *Estampas olvidadas en los campos de la Jara*, también seleccionada por la Caja Castilla-La Mancha, *Félix Urabayen: narrador toledano* (I.P.I.E.T.) y *Lisboa: razao de amar* (en portugués), y ensayos sobre escritores españoles e hispanoamericanos y artículos de creación literaria en periódicos y revistas especializadas. Tiene en imprenta *Gente de mi incumbencia* (libro de cuentos) e *Historias, paisajes y leyendas de Portugal*. En la actualidad prepara una novela sobre «el maquis» y *Toledo en la literatura española*.

ÍNDICE

	Página
ADVERTENCIA	5
La hermosa Florinda	7
Galiana, la palaciega	11
Zulema la degollada	15
La Reina Juana Manuel	19
Beatriz de Silva	21
Isabel, la muy Católica Reina	25
Doña María Pacheco	29
Santa Teresa	33
La Beata María de Jesús, el «Letradillo»	37
Catalina de Salazar, la resignada esposa	41
La Madre Jerónima de la Fuente	43
La Madre Vedruna	45
Eugenia de Montijo, la Emperatriz	47
BIBLIOGRAFÍA	51

Últimos títulos publicados:

79.– *Canciones y romances de la villa de Sonseca,*
por M.ª Dolores Romero López.

80.– *Ambientes y personajes de Toledo del siglo XX,*
por Fernando Dorado Martín.

81.– *Los franciscanos y el pueblo de Lillo,*
por Cayetano Sánchez Fuertes.

82.– *El habla toledana, modelo de la lengua española,*
por Fernando González Ollé.

83-84.– *La comarca de la mesa de Ocaña,*
por Fernando Jiménez de Gregorio.

85.– *Una lectura de Garcilaso de la Vega,*
por Juan Carlos Pantoja Rivero.

86.– *Personajes femeninos en las calles de Toledo,*
por Juan José Fernández Delgado.

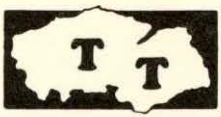
De próxima publicación:

El Monasterio de San Clemente,
por Jesús González Martín.

En preparación:

(El orden que se indica no será siempre el de aparición)

La Diputación y las artes a principios de nuestro siglo,
por Angelines Serrano de la Cruz.



toledo diputación provincial